

El "camarada" Pérez, subsecretario de Trabajo del gobierno franquista, ha hecho entrega en Madrid de la medalla del Trabajo al banquero señor Urquijo y a otro consejero del Banco Hipotecario Español. Esa medalla se creó, si no recuerdo mal, en tiempos de Primo de Rivera, y desde entonces ha sido otorgada a generales, gobernadores civiles, obispos, almirantes y sociólogos. No se tiene noticia, sin embargo, de que alguna vez se haya concedido a un trabajador. Así ha quedado perfectamente definida la significación de esa condecoración honorífica, con la que no se trata de premiar el trabajo propio, sino el ajeno. Por eso no se otorga a quien trabaja, sino a quien hace trabajar. El hombre suele tener, por lo general, una idea bastante exacta de la limitación y humildad de su esfuerzo, y cuenta siempre con el de los demás a fin de realizar los grandes trabajos que tiene a su cargo la humanidad para procurar su subsistencia. La fórmula perfecta de esa humildad la encontró aquel prudente fraile que explicaba a sus compañeros de comunidad: "Dice el padre rector que sabemos y que comemos, y, después, que bajemos y que trabajemos". Ese fraile fué, sin duda, el primer acreedor a la medalla del trabajo. Tal vez fué él, también, el verdadero creador de la sociología, ciencia que, entre otras cosas, consiste en meditar profundamente sobre los problemas del trabajo de los demás. La sociología ha servido a algunos persuadores para acomodarse a la terrible condena bi-

blica: "Ganarse el pan con el sudor de tu frente". Un persuador de esa clase aporta al esfuerzo común tan sólo el trabajo de su frente, y deja que los otros hombres trabajen con las manos y con los músculos, es decir, con el resto de su cuerpo. La sociología, entendida en tal sentido, logró su expresión más sublime en ciertas secciones de la Oficina Internacional del Trabajo de Ginebra, la cual, además de contar con funcionarios muy útiles y laboriosos, disponía de un determinado número de sociólogos que, por lo regular, no hacían nada, pero se preocupaban mucho de lo que hacían los otros hombres que hacían algo. En mis viajes a orillas del lago Lemán, oía yo a esos sociólogos con irresistible envidia, y ad-

miraba en extremo cómo aquellos abnegados carones, viviendo en un purísimo ambiente de calma y tedio, podían preocuparse tanto por los mineros y los metalúrgicos y los obreros portuarios y las costureras y los peones del campo; es decir, por todos los hombres y mujeres que, en cualquier lugar del mundo, tenían que ganarse la vida trabajando. Aquellos sociólogos de Ginebra, a pesar de lo mucho que meditaban sobre el trabajo de los demás, no daban muestras extraordinarias de justicia, lo que yo atribuía entonces a que, de cuando en cuando, se tomaban vacaciones. Disponían de unos despachos claros, espaciosos, limpios, ordenados, con grandes ventanas frente a un paisaje casi idílico, y todo en aquel templo del Trabajo que los albergaba, parecía invitarlos al "delectar fiente", a la gandulería y a fumar cigarrillos. Si las mecanógrafas de las instituciones internacionales fueran todos guapos, el estado perfecto del hombre, antes de la presente guerra, hubiera sido el de ser sociólogo ginebrino. Estos sociólogos publicaron el primer año de su actuación un libro importantísimo. Se titulaba, si no recuerdo mal: "Premier rapport sur l'utilisation des loisirs de l'ouvrier". Al año siguiente publicaron otro libro también muy importante. Se titulaba: "Deuxième rapport sur l'utilisation des loisirs de l'ouvrier". El tercer año publicaron un tercer volumen, titulado: "Troisième rapport... etc." Y así sucesivamente. De este modo, los sociólogos que no trabajan daban consejos a los hombres que trabajaban sobre lo que debían hacer en los ratos de ocio que les dejaba su trabajo. No sólo no trabajaban cuando los otros trabajaban, sino que además, pretendían meterse en lo que hacían los trabajadores cuando terminaban éstos de trabajar. Les querían administrar incluso sus ocios y descansos. Un amigo mío, escritor catalán de gran talento, a quien no le gustaba escribir, por lo que esto tiene de trabajo, fué quien llamó mi atención sobre esos imprudentes primero, segundo, tercero, etcétera, "rapport" de los sociólogos, y, refiriéndose a los hombres que trabajaban y a los

cuales se consagraban los estudios de los que no trabajaban, exclamaba con cierta inquietud: "Ja que treballen, deixemlos amb pau i no els amoinim". Pero cualquier otro que no hubiera sido mi amigo el escritor ca-

laba, se hubiera apresurado a ofrecer a aquellos sociólogos ginebrinos la medalla del Trabajo.

Ahora, el "camarada" Pérez se la ha entregado solemnemente a dos banqueros, que en la escala de la contemplación del trabajo ajeno ocupan varios peldaños por encima de los sociólogos. Un banquero que se dedica a trabajar no podría ser banquero. ¿Cuándo iba a tener tiempo para ganar el dinero que se necesita para serlo? Si, según los economistas, el capital es trabajo acumulado, el banquero que maneja ese capital ha de confiar precisamente en el trabajo acumulado por los demás, pero no por él, pues si fuere él quien tuviese que acumularlo, no podría dedicarse a banquero. El banquero interviene, en su condición de tal, cuando el trabajo ajeno se ha convertido ya en billetes de Banco. Entonces recoge el dinero de los que han trabajado y cobra una comisión por prestárselo a otros que quieren trabajar. Por lo mismo, esa es, en parte, la teoría bancaria. De ello resulta que el banquero es un fomentador del trabajo, a condición de no trabajar él, pues de otra manera no ofrecería ninguna garantía a los que han trabajado antes o quieren trabajar después, y se convertiría en un competidor desleal. Si el sociólogo es, en cierta forma, el filósofo del trabajo ajeno, el banquero es su guardián y depositario, y, por lo tanto, lo mismo uno que otro merecen en justicia la medalla del Trabajo, porque estimulan el de los demás. Es natural, en cambio, que esa medalla no se conceda nunca a los verdaderos trabajadores, porque quien trabaja lo hace simplemente para ganarse la vida y no debe aspirar a que se lo premien por añadidura con una condecoración.

Debe tenerse en cuenta, finalmente, que los banqueros condecorados ahora por el "camarada" Pérez son consejeros del Banco Hipotecario, y la hipoteca es la institución ideal para obligar a seguir trabajando a quien tiene que redimirla. Un hombre, por ejemplo, trabaja durante toda la vida para ahorrar y tener una casa donde pasar la vejez, pero, por cualquier desgracia de familia, se ve obligado a hipotecar la casa, y a ponerse nuevamente a trabajar para rescatarla. Entonces llega el "camarada" Pérez, subsecretario fomentista y, en una ceremonia condecoradora, impone la medalla del Trabajo al banquero que ha hecho la hipoteca a un interés respetable.

59  
24 de marzo  
45

A.P.C.E  
SIG.:  
1.2e/1098